

III

CARNAVAL Y TIEMPO SANTO.

CARNESTOLENDAS.

PARECE que la sociedad instituyó las fiestas de Carnaval, remedo de las bacanales, saturnales y luperciales de Grecia y Roma, como una despedida de los placeres mundanos para entrar de lleno en el Santo tiempo de Cuaresma, y digo parece, porque en México, por lo menos, subsiste la diversión en tanto que se procura alejar la causa que se aduce para justificar aquélla, puesto que vemos prolongarse tales fiestas hasta la dominica de Pasión, llamándoles después de piñata, de la vieja, de la moza, etc.; más debo advertir que si una gran parte de la sociedad mexicana sigue tales prácticas, otra, esencialmente religiosa, se aparta de tales abusos.

Consecuente con el plan que me he propuesto no voy á tratar de las actuales fiestas de Carnaval, muy decaídas por cierto, sino de las que fueron en la década de 1850 á 1860, á que me he referido en los anteriores artículos sobre costumbres.

El Carnaval en México no ha podido ni puede compararse con los de Venecia, Roma, París y otras ciudades europeas, que han alcanzado tanta fama en la celebración de esa fiesta, pero también es preciso convenir que el insulso Carnaval de hoy no es ni sombra del de ayer. Verdad es que, si ha pasado la época de los antifaces de seda, caras vemos diariamente que son verdaderas caretas de aparentes virtudes, de amor y fidelidad, de honradez, probidad, amistad, modestia y caridad.

La animación y alegría que reinaba el domingo y martes de Carnestolendas eran extraordinarias. Las calles se hallaban henchidas de gente que se dirigía al Paseo de Bucareli por las tardes, y á los portales y calle de Vergara por las noches, para divertirse con los enmascarados.

No puedes imaginarte, lector querido, lo que era el famoso Paseo de Bucareli y apenas podrás tener una idea ligera de él por lo que yo te cuente. Constituían el mencionado paseo, que se estrenó en 1778, una ancha calzada que daba principio en la plazoleta en que hoy se levanta la estatua ecuestre y terminaba en la garita de Belén; su pavimento, según te he referido, estaba tan lleno de hoyancos como de tierra floja, la cual á pesar de regarse desde temprano por los presidiarios, levantaba densas nubes de polvo; cuatro hileras de sauces anémicos, en las márgenes de unas acequias pestilentes, compartían en tres aquella calzada, la del centro, de mayor amplitud, para los carruajes y cabalgaduras, y las dos laterales para la gente de á pie; y por último, dos fuentes con sus estatuas mutiladas, que se hallaban en el centro de sus respectivas y anchurozas plazoletas circulares, no merecían tal nombre por la exigua cantidad de sus aguas, las cuales eran vertidas, de lo alto de los pedestales, por muy delgados é intermitentes chorritos, de tan mínima fuerza que nunca les fué dado trazar en su caída otra línea geométrica que la vertical.

Allí, en ese paseo, que con ser de tanta fealdad, no impedía la expansión del ánimo á la vista de los hermosos panoramas occidentales del Valle, se aglomeraba la gente en los días de Carnaval.

Entre los ricos carruajes tirados por caballos frisonos, arrendados por elegantes cocheros desde los pescantes, se interpolaban en gran número, los de plaza, más ó menos humildes y no pocos de sopandas, cuyos cocheros iban montados en las mulas de mano guarnecidas con colleras. Todos desfilaban, con su rodar pausado y monótono, dando vueltas en

la calzada. De trecho en trecho aparecían hermosas carretelas abiertas, con comparsas de caballeros ricamente vestidos á la usanza antigua española, ó bien de estudiantes, marmítonos y pierrots, todos los que se complacían en distribuir ramitos de flores y alcataces de dulces á las damas de los carruajes. Otras comparsas de figuras grotescas iban en carretones ó en carretelas muy viejas y desvencijadas y algunos enmascarados montados en burros, que provocaban la risa de los mirones, sin que nadie osase lapidarlos como no hace mucho tiempo aconteció á los que intentaron revivir esas costumbres. ¡Siempre revelando el pueblo bajo su falta de cultura!

ración de individuos, cada uno de los cuales procuraba ganar terreno abriendo brecha por aquellas compactas barreras. Todos esos inconvenientes, favorables, para aquellos que acuden presurosos á donde afluye la gente para ver lo que se pesca, eran pacientemente sufridos por los que iban arrastrados á tales diversiones por sus caras mitades ó por sus graciosas hijas. La algazara de los muchachos del pueblo, fuera de los portales, denunciaba la llegada de enmascarados que, á poco, se unían á esa masa de seres humanos que se agitaban en el interior de aquéllos. El diálogo que se entablaba entre un máscara y el elegido por él para una broma, rara vez era ingenioso y agu-



TEATRO NACIONAL EN NOCHE DE CARNAVAL.

Por la noche la fiesta era más animada, y para divertirse bien, bastaba recorrer las calles. Lo primero digno de notar era la transformación de las barberías entapizadas completamente por miles de trajes, de todas clases y colores, viéndose confundidos los de moros y cristianos, y al lado de los dominós de tafetán negro orlados de cintas rojas ó azules, los del labriego y otros muchos debidos á la estrambótica fantasía de los sastres cursis.

Prosigamos nuestra excursión por los portales. Imposible era dar un paso en éstos, por el inmenso gentío que los invadía, y en los cuales se formaban dos corrientes opuestas que lentamente avanzaban hacia las desembocaduras de las calles de Plateros y la Palma. Las apreturas eran consiguientes á la aglome-

do, pues casi siempre se hacía notar por lo substancial y tonto.

Encontrábanse, con frecuencia, en las calles, comparsas que se dirigían, unas á varias casas particulares para divertir á sus dueños y otras al teatro; pero todas seguidas por la turba de muchachos que mezclaban sus gritos á las atipladas voces de los enmascarados.

Si grande era el gentío que invadía los portales y las calles principales de la ciudad, mayor era el que se epiñaba en la calle de Vergara, particularmente delante del pórtico del Gran Teatro de Santa-Anna, el cual ostentaba en su portada miles de farolillos venecianos y vasos de colores, ya colocados en los marcos de las puertas y ventanas, ya rodeando, en

espiral, los fustes de las columnas en tanto, que se balanceaba en los aires una gran farola de lienzo blanco transparente, con sus pinturas alegóricas, y se hallaba suspendida del segundo cuerpo del edificio. Los que tenían boletos de invitación podían penetrar en el vestíbulo para divertirse con la entrada de los máscaras.

Ya estamos en el teatro. La sala de espectáculos, con su piso horizontal, y el foro con decoración apropiada, forman un sólo salón de baile, espléndidamente iluminado por las arañas de cristal y la *lucerna* que penden de su techo. Ya es cerca de la media noche y, por tanto, hora en que los palcos están llenos de espectadores y el salón invadido por los enmascarados. Una buena orquesta colocada en un tablado en el fondo del foro, ejecuta alegres piezas de gran sonoridad por la percusión de los timbales. Las piezas que se han de bailar se anuncian por carteles que sucesivamente se colocan en el antepecho del palco central de los segundos, y los bastoneros, que lucen sus largas y plegadas capas de seda negra ribeteadas con cintas rojas, dan la señal del baile golpeando el pavimento con el cabo de sus grandes bastones, en cuyo extremo superior flotan largos listones de variados colores.

Todo allí es animación y alegría, y en tanto que unos bailan, otros mantienen sabrosa conversación en los palcos y en el estrado del salón, formado á raíz de las plateas, y en el cual están confundidos los enmascarados y los no disfrazados.

Los máscaras pueden clasificarse de la manera siguiente: primer género, los de buena educación; segundo género, los que ni por el forro la conocen. El primero comprende dos especies: máscaras ingeniosos y discretos y máscaras tranquilos é inofensivos; el segundo abraza otras dos especies: máscaras atrevidos y temibles por sus indiscreciones y máscaras sosos y de ningún gracejo, debiendo contarse entre éstos los de la subespecie ó *huehuenches*, que son gentes del bajo pueblo, ó indígenas cuyo único placer consiste en andar vagando por esas calles de Dios, disfrazados con trajes raídos y grasientos, generalmente de moros.

Prosigamos, lector amable, nuestras investigaciones en el salón durante el baile. Mira á ese máscara, elegantemente vestido, y observa

con qué donaire dirige á las damas de las plateas frases galantes, debidas, unas á su propio ingenio y otras al ajeno, pero aplicadas con talento. Algunas veces maneja la sátira, pero sin traspasar los límites de la decencia. En este momento se detiene frente al palco del Ayuntamiento y lanza con sonora voz estas palabras: *¡Hasta cuándo, ilustre municipio, abusarás de nuestra paciencia!* Desde luego advertirás, querido lector, que este máscara pertenece al primer género y especie ingeniosa.

Sigamos á ese otro máscara que no da sosiego á sus piernas ni á su lengua viperina y oigamos lo que dice en voz alta al joven que tiene delante:—"Noto por tu palidez que las calabazas enferman; mas no seas tonto, hombre, y enamora á la hermana, que también es rica." Luego dirigiéndose al individuo que con su esposa está al lado, profiere estas palabras:—"Dime, N., ¿quién era la hermosa joven con quien mantenías tan dulce conversación ayer en la Alameda? ¿por qué te recatabas tanto?" Y por último, deteniéndose delante de aquel palco, grita al que en él se encuentra con su familia:—"Oye, General H., dícenme que en la acción de Cerro Gordo te convertiste en huracán." y al proferir este insulto gratuito, se escabulle entre la multitud, desaparece y va á mudar su disfraz como lo verifican otros máscaras en idénticas circunstancias.

Parece que la careta autoriza al que la lleva para cometer toda clase de groserías, pero al que es objeto de tamaños desmanes, no se le concede el derecho de arrancar la careta al insultador. Dichosamente no son muchos los que de esta manera se propasan. Tales son los máscaras que pertenecen al segundo género.

Los individuos de la segunda especie de este segundo género, son aquellos simples que creen proceder con acierto y gracia, diciendo con atiplada voz al que no tiene antifaz: *ya te conozco*. Al que tal dice hay que, contestarle: *Y yo á ti por tu obtuso entendimiento*. Generalmente los de esta especie son los embromados.

El Carnaval es la época de las aventuras amorosas, de las burlas y de las chanzas: no es tan solo el baile de fantasía el que saca de sus casillas á más de cuatro alegres mortales, sino el deseo de divertirse á costa de los demás. La decencia me veda referir, lector amigo,

ciertos episodios realistas y me concretaré á narrar uno ó dos chascos risibles de que fui testigo en mis mocedades. Un joven rico á pura carga cerrada, logró conquistar á la linda costurera de su casa y la llevó al baile, vestida de dominó. Muy ufano entró en el teatro llevando del brazo á su presea, bailó con ella y la condujo á cenar á una pieza apartada del mismo teatro, momento solemne en que el antifaz debía caer y descubrir el rostro encantador de la costurera. Así fué el caso, pero aquel joven no vió el cielo de delicias que se prometía, si no la cara de su suegra. Un terremoto no pudo infundir susto tan grande en el ánimo del amartelado amante, como aquella visión, susto mezclado con la ira que le produjo la sangrienta burla que le había jugado la costurera. Las consecuencias debieron de ser fatales, pues no volvió á tener noticias de aquel desventurado joven.

Otro joven, elegantemente vestido de Pierrot, aconsejado por la novia que con su hermana concurre al baile, ambas disfrazadas con idénticos dominós, se acercó con timidez al papá de aquélla solicitando su aquiescencia para sacarla á bailar; mas el buen señor, que ya estaba instruido de las relaciones amorosas que ligaban al solicitante con la hija, le manifestó en tono algo severo:—"Con Fulanita, no; baile usted con Zutanita; y le entregó á la hermana. Debo advertirte de paso, amable lector, que en aquellos tiempos brillaban por su ausencia en tales bailes, personas de mal vivir, y, por consiguiente, las damas descendían de sus palcos para pasear en el salón y muchas para bailar. Hecha esta importante advertencia, prosigo mi narración. Ya casi al empezar las cuadrillas, que era la pieza preludiada por la orquesta, dijo el joven á su amable pareja:—"No me pesa, señorita, tener por compañera á la hermana de mi novia....—¡Si yo soy! le interrumpió aquélla con violencia.—¡Ah! eres tú: la suerte nos favorece y puesto que no somos culpables, aprovechemos la ocasión, y bailemos. Advierte, lector amigo, que en esta vez el chasqueado no fué el amante, sino el futuro suegro.

A medida que las horas avanzaban la diversión era más animada y el contento rayaba en frenesí, sobre todo cuando ya retirada la concurrencia de los palcos, quedaba el salón á

merced de la gente de trueno, la que, ya sin miramiento alguno, convertía el baile en verdadera bacanal, y no abandonaba el teatro sino en los momentos en que asomaban por Oriente los primeros albores de la aurora.

MIÉRCOLES DE CENIZA

MEMENTO, HOMO, QUIA PULVIS EST,
ET IN PULVEREM REVERTERIS.

Dieron término las fiestas de Carnaval, pacientemente sufridas por la Iglesia, la que al fin lanza al hombre el tétrico recuerdo de que es mortal. Trae á la memoria que su juventud, belleza, honores y riquezas desaparecen en el insondable abismo de la eternidad; que su vida, por larga que parezca, es tan sólo un chispazo eléctrico en la indefinida medida de los tiempos y, por último, que sólo la virtud y las buenas acciones pueden darle la felicidad relativa en este planeta, en que estamos de paso, y la bienaventuranza en la vida futura. Tales son las ideas filosóficas que encierran las palabras que la Iglesia repite sin cesar al día siguiente de las locuras humanas.

Si todos los hombres, en su lucha por la existencia, meditasen en que han nacido del polvo y polvo han de volver á ser, sin bastar los tesoros del mundo para prolongar á su arbitrio la vida, ¡cuántos ahorrarían á sus semejantes los golpes de sus iniquidades!

La humanidad, en general, á pesar de ese recuerdo, sigue siendo lo que ha sido: vanidosa, presumida é indiferente. Los que constituyen la excepción reciben el saludable aviso de la Iglesia con la fé cristiana; más los otros, descreídos, persisten en su indiferentismo y en sus filosofías, y sólo recuerdan que hay un Dios, cuando se hallan en el último trance de su vida.

Abandono la pluma del filósofo y recobro mi pobre pincel, á fin de seguir pintando mis cuadritos de costumbres.

Con el vestido en desorden y arrancada la careta, con semblante macilento y el cuerpo fatigado, véñse salir del teatro los últimos máscaras que abandonan el salón del baile, cuando ya la moribunda luz de las lámparas dan paso á las tinieblas que pronto han de ense-

fiorearse de aquel recinto, y cuando las aves, alentadas por los primeros resplandores de la aurora, responden con sus festivos trinos al severo y pausado toque de las campanas que, en los templos, convocan á los fieles á la primera misa.

Los santuarios abren sus puertas y la gente, muy en particular la del sexo femenino, acude á tomar ceniza, ceremonia que dura toda la mañana y prosigue por la tarde. Algunos hombres y muchas damas y mujeres del pueblo, sin escasear los niños, se retiran á sus casas con la frente señalada con una cruz, hecha á la perfección con molde, en contra de lo mandado, é irregular en los más casos por estar marcada por mano del sacerdote, conforme está prevenido. No faltan quienes contravengan á otras disposiciones de la Iglesia, haciendo uso, en lugar de ceniza seca, de ceniza húmeda que, además, ofrece el inconveniente de producir en la frente chorreaduras que convierten la cruz en un borrón. Los despreocupados conservan la marca de su ser por algunos días, por todo el mes ó por todo el tiempo que duran adheridos á la frente los residuos de las palmas benditas quemadas.

Los gritos de los vendedores, en las diferentes horas del día, revelan por los efectos que anuncian el principio el Santo tiempo de Cuaresma con sus vigiliias consiguientes.

Pescado blanco, vocea una india, que lleva en su bandeja de madera los pescados, cubiertos con las lustrosas y anchas hojas de la nuphea alba.

Pescado bagre fresco, *pescado bagre*, grita con voz de trueno el vendedor procedente de Cuernavaca y de Jojutla, quien conduce su mercancía en sus hombros y lleva en las manos una balanza de platillos de cobre y las pesas correspondientes.

Una india grita: *no tomará usted Cuzcuz*, que es la harina de maíz para hacer un dulce especial, y otra: *Ahuautle molido*, ó sean huevecillos de moscos de las lagunas, con los que se hacen tortas envueltas en huevo.

Por aquí un vendedor aturde con el grito de *mercarán paa-pas* y por allí otro con el de *no mercarán ranas y ajolotes*.

Por acá una india vende su hortaliza gritando: *Verdolagas*, *romeritos* y *espinacas*, y por allá otra: *tequezquite yepazote*, *yerbabue-*

na, *culantro verde*, ó bien: *chicharos*, *ejotes* y *habas verdes*.

La costumbre de quebrar cascarones en las cabezas de los amigos, era en tiempos pasados muy general y celebrada, de la cual sólo quedan vestigios. Eran aquellos, como su nombre lo indica, cascarones de huevo que se rellenaban unos de papel cortado en pequenísimos pedazos, de diversos colores, de oro y plata, aromatizado aquél, á veces con finas esencias; y otros de tiza, harina, salvado ó de otras sustancias, algunas de las cuales solían ser sucias y asquerosas, revelándose, desde luego, por el uso que de unos ó de otros se hacía, el poco ó ningún grado de cultura de las personas, y digo poco grado, porque la finura del objeto empleado no apartaba de la acción la grosería, y más si era aquélla ejecutada con las damas.

Así, pues, no existía casa alguna de las que expenden frutas y verdura, ni tendejón, por pequeño que fuese, que no ostentasen un gran cesto de mimbre, lleno de cascarones de abigarrados colores.

Todos los usos de los pueblos reconocen un origen; mas cuál sea el de los cascarones en México, no he podido investigarlo.

LA CUARESMA.

El tiempo que precede á la Pascua de Resurrección, tiempo consagrado á la Oración, al recogimiento y á la penitencia, consta de cuarenta días, sin contar los domingos, y da principio el Miércoles de Ceniza y termina el Sábado de Gloria. La Iglesia ordena la abstinencia y el ayuno como una conmemoración de los cuarenta días que ayunó Jesús en el Desierto.

Según los Santos Padres, la Cuaresma es de tradición apostólica, aun cuando el mandato de la Iglesia no tuvo efecto sino hasta mediados del siglo III.—La austeridad establecida y observada en los primeros tiempos fué relajándose paulatinamente. El ayuno consistía entonces en la abstinencia de carne, huevos, leche y vino y en comer una sola vez al día, después de vísperas ó sea por la tarde. Esta costumbre prevaleció hasta el siglo XIII.—Los de la Iglesia de Oriente fueron más estrictos que los latinos, pues limitaban sus alimentos á pan y agua, frutas secas y legumbres.

En el siglo XII, los latinos agregaron á la comida algunas conservas, permitiéndoseles en la noche tomar agua y poco vino, corto refrigerio á que se dió el nombre de *colación*.

En 1762 el Papa Clemente XIII, concedió la facultad de comer durante la Cuaresma huevos, manteca, queso y otros lacticiños y también carne, con excepción de los primeros cuatro días, de los miércoles, viernes y sábados y de toda la Semana Mayor, pero imponía á todos los que usasen de esa gracia, el deber de observar la ley del ayuno con una sola comida y á los ricos, además, el de distribuir limosnas á los pobres. Esa gracia siguió ampliándose por los Sumos Pontífices, reduciendo las excepciones á sólo el Miércoles de Ceniza, los viernes y los cuatro últimos días de la Semana Santa. En cambio de tales privilegios concedidos á España y á sus colonias, los agraciados debían de ejercer la caridad con relación á su clase y jerarquía.

Veamos de qué manera en México, por regla general, se ha practicado la abstinencia y el ayuno.

Muy satisfechos quedaban antes los habitantes (y lo mismo puede decirse de los actuales) de nuestro bello país, persuadidos como estaban de haber cumplido fielmente con los mandatos de la Iglesia, con sólo la abstención de comer carne en los días señalados en el Calendario por medio de un signo, ó sean los días de vigilia.

Tales días no eran, como tampoco hoy lo son, de penitencia, sino de recreo y de satisfacción al apetito de la gula. Asombrado has de quedar, lector amigo, al pasar tu vista por la interminable lista de conservas y potajes con que en los días de abstinencia se regalaban, tanto las familias ricas, como las de medianos recursos y las pobres. De pescados y mariscos proveían los vendedores ambulantes, así como de conservas y licores las tiendas de ultramarinos, y de todo cuanto produce nuestro privilegiado suelo, los mercados públicos. En los días de vigilia las cocineras se afanaban por hacer gala de sus conocimientos culinarios, dirigidas muchas veces por las señoras de las casas ó por las amas de llaves, las que además, solían acercarse al brasero para observar el conveniente punto de la miel de las torrijas ó de los huevos reales, ó para agre-

gar á los guisados y potajes, como complemento indispensable de la buena sazón, una puntita de ajo, una puntita de orégano, una puntita de pimienta ó una puntita de canela, todo lo que solía producir sus puntitas de indigestión al que bien librado salía de las comidas de vigilia.

En las casas ricas que como tales se consideraban, pues algunas hay que se tratan como pobres, las succulentas sopas de ostras ó de rabioles rellenos de espinacas y sardinas, los delicados pescados *au gratin* ó á la veracruzana, la sabrosa lamprea, la excelente mayonesa de langosta ó de salmón, las famosas empanadas de Emilio Lefort, aquel pastelero que con sus reclamaciones contribuyó á la invasión francesa en 1838, y algunos buenos potajes, ricos vinos, licores, exquisitas frutas y dulces constituían las comidas de penitencia, ó sean de viernes. En las casas de medianos recursos, cuyos dueños sabían tratarse como ricos, comían tan bien como éstos, substituyendo el bobo, la lamprea y la langosta con el pescado bagre, el bacalao y los camarones; mas aquellas cuyos recursos las obligaban á limitar sus gustos, y pertenecían, en tal virtud, á la clase menos que mediana, se conformaban con abastecer sus mesas de un buen caldo de habas con su indispensable puntita de aceite, capirotada ó sea sopa de pan dulzona, con sus rajadas de huevo cocido; lonjas de pescado robalo envueltas en huevo y fritas, con su correspondiente ensalada de lechuga, ó bien ensalada de remolacha; tortas de camarón, de ranas ó de almejas; el famoso revoltijo de romeritos, chile, papas y camarón, en cuyo buen condimento fundaban su orgullo algunas damas; frijoles refritos, vino ó cerveza; y, por último, fruta y dulce. Los pobres que siempre se tratan como pobres, agregaban como extra, á sus comidas ordinarias, muy frugales por cierto, algunos animalejos y productos de las lagunas, así como uno que otro potaje de hierbas de infinita variedad. Entre los primeros, y ahora es el momento de tu asombro, queridísimo lector, se contaban los *ajolotes* ó *axolotl* de piel negra y carne blanca de un gusto semejante al del pescado bagre; *acociles*, parecidos al langostín, de color pardo, cuyo sabor se acerca al de los mariscos; *atepocates* ó *atepocatl*, rana peque-